

LEPP, Ignace: *La Philosophie Chretienne de l'Existence*. Aubier, Ed. Montaigne, París, 1953; 186 págs.

En este libro se resumen y ponen a contribución, con finalidad divulgadora, publicaciones anteriores del autor: *Existence et Existencialismes* (1948), *L'Existence Authentique* (1951) y *La Communication des Existences* (1952). Esta serie de escritos son la prueba de una dedicación filosófica que I. Lepp emprende después de una primera época de producción exclusivamente literaria.

Dicha circunstancia no deja de reflejarse en la obra comentada, donde se unen la facilidad de expresión con la limpieza de estilo, y en ocasiones, los acentos persuasivos o convincentes. Dado el carácter de este resumen se explica la falta de notas bibliográficas, y también la brevedad de muchas de las referencias a ideas y hechos importantes.

El tema estudiado es la posibilidad de una filosofía de la existencia compatible y coherente con la religión cristiana. Empieza con una ojeada a la Historia de la Filosofía acerca del problema. Destaca debidamente la importancia de Kierkegaard, incluye a Heidegger en el grupo del existencialismo ateo, sin aducir mayor prueba, y dedica especial atención a la representación francesa de esta tendencia.

Hace luego un resumen de la doctrina existencialista, a la que prefiere llamar filosofía de la existencia, para distinguirla del sentido destructivo que suele asociarse al término «existencialismo», y procura contraponerla a las otras corrientes filosóficas que engloba bajo la denominación de «nacionalistas», aunque mejor diría abstractas. Naturalmente, esta partición resulta excesiva, y sólo a título de abreviación puede mantenerla el expositor. Aquí se deja ver el influjo de Bergson con más fuerza que el de los escritores propiamente existencialistas. También se observa una equiparación entre las aportaciones filosóficas y meramente literarias a la dirección existencialista.

La parte central del libro son los capítulos sobre la tradición existencial del pensamiento cristiano y la presente situación de la filosofía cristiana de la existencia. Ciertamente, no se presenta mayor dificultad para encontrar precedentes en San Agustín y los místicos medievales. A la escolástica ya no se la incluye, a no ser fragmentariamente, en esta tradición, quedando también Duns Scoto al margen. La referencia a la mística española es sumamente breve.

Concede gran importancia a Pascal y, entre los contemporáneos, a Jaspers, aunque reconoce que éste es más bien panteísta que cristiano. Hace referencia particular de las posiciones de Max Scheler, Louis Lavelle le Sage, Gabriel Marcel, Berdiaeff y Emmanuel Mounier, para dedicar breves líneas a la posibilidad de una Teología con matiz existencial. Bien es verdad que la significación de esta palabra es tan amplia que oscila desde el nihilismo de Sartre al personalismo de Mounier, y el mismo Blondel es citado, ya que no como pensador existencial, al menos como concomitante, al igual que Bergson. En todo ello es más bien de alabar el deseo de síntesis que la precisión terminológica.

Los últimos capítulos expresan las opiniones personales del autor, llevando como títulos: «De lo cotidiano a lo auténtico» y «De la soledad a la comunión». Se intenta aprovechar los puntos de vista descritos por el existencialismo y las ventajas del método fenomenológico (concebido con tanta amplitud que linda al psicoanálisis) para una doctrina de carácter optimista y moralmente constructiva. Las conclusiones son perfectamente compatibles con las ideas cristianas, y están expuestas con atrayente persuasión. La intención divulgadora de la obra y la brevedad necesaria al intento dejan, sin embargo, alguna penumbra en torno a la conexión entre los puntos de partida y la meta felizmente lograda. Por ello I. Lepp debe referirse a sus anteriores escritos donde, más ampliamente, ha tratado estas cuestiones.

RAFAEL CASTEJÓN

BRUERA, José Juan: *Filosofía de la Paz*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1953; 211 págs.

El iusfilósofo rosarino empieza su *Filosofía de la Paz* con una exposición histórica del método dialéctico que, para él, más que método se convierte en algo medular y consustancial al pensamiento mismo. La dialéctica nos enseña que toda paz es «paz en la guerra» (Unamuno). Bruera pregunta: ¿Es menester concluir, sin atenuaciones, que el choque, la lucha, el combate, la oposición, tal vez la desarmonía, sean las condiciones inexcusables de todo desarrollo hacia adelante o hacia arriba? Su contestación es la siguiente: En lo que concierne al *orden de los pensamientos*, todo nos induce a pensar que la respuesta debe ser afirmativa. Pero en esta respuesta envolvemos nosotros, a nuestra vez, dos requisitos a los cuales debe estar rigurosamente condicionada: que la lucha sea de *ideas* y que se libere sobre *oposiciones rigurosas*. La primera condición alude al dualismo de pensamiento y acción. La segunda contempla la distinción entre oposición contraria y contradictoria. Para que las secuencias dialécticas tengan un desarrollo provechoso la oposición que debe sustanciar es la *contraria*. Se supera, con ello, la mera negativa contradictoria, que no rebasa lo formal, y se da entrada a un auténtico juego de contrarios, donde cada uno de ellos aporta el cúmulo universal de conflicto y pugna, determinantes de una verdadera batalla que surge de la entraña viva de la esfera del ser, y no solamente del pensar. Al chocar dos juicios según oposición *contradictoria*, sólo una nota conceptual de cada uno es controvertida por el otro. Si el apareamiento se produce por oposición *contraria*, multitud de notas conceptuales—sólo *pensadas*, sí, pero espejándose en la ontología—entran en beligerancia recíproca. La oposición dialéctica debe ser de contrarios, para que el desajuste sea verdaderamente proficuo y pueda reflejar la infinidad miriónima del ser. Vemos, pues, que en la esfera